

AURORA

15

Papeles del «Seminario María Zambrano»
Noviembre - diciembre 2014

María Zambrano y otras filosofías del exilio II



SUMARIO

MARÍA ZAMBRANO
Y OTRAS
FILOSOFÍAS
DEL EXILIO II

6 Antonio Castilla Cerezo, *El nómada y el exiliado. Consideraciones sobre la pintura, a partir de Zambrano y Deleuze*

14 Andrea Luquin Calvo, *Las arquitecturas del exilio en María Zambrano*

24 Amanda R. Pérez Morales, *El tiempo fuera del tiempo. Anotaciones sobre la temporalidad insular en María Zambrano*

34 Adele Ricciotti, *María Zambrano: l'esiliato, sacrificio della storia*

46 Cristina Rodríguez Marciel, *Ontología del abandono. Jean-Luc Nancy y la «existencia exiliada»*

56 Antolín Sánchez Cuervo, *El exilio de María Zambrano y la política oculta*

PUENTES

64 María Carrillo Espinosa, *Los juegos de la razón: la figura de Atenea en la obra de María Zambrano*

70 Maria João Neves, *Sendas de Encontro: María Zambrano, Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno e Xavier Zubiri*

80 Mariano Rodríguez González, *Don Juan y San Juan: María Zambrano en 1939*

90 Juana Sánchez-Gey Venegas, *La educación en María Zambrano: su reflexión sobre la persona*

DOSSIER
BIBLIOGRÁFICO

100 Nota bibliográfica: Antonio Castilla Cerezo

106 Reseñas

115 Normas para la publicación

Amanda R. Pérez Morales

Universidad de La Habana
amandaperezcu@gmail.com

El tiempo fuera del tiempo. Anotaciones sobre la temporalidad insular en María Zambrano

Recepción: 21 de abril de 2014
Aceptación: 17 de junio de 2014

Aurora n.º 15, 2014
ISSN: 1575-5045, págs. 24-32

Resumen

La temporalidad insular, dentro de la obra zambraniana, se comporta de manera distintiva en contraposición al tiempo que transcurre en los continentes. Las ideas que definirán este concepto se verán remitidas en gran medida al sistema de referencias desarrollado por la filósofa durante su estancia en Cuba y Puerto Rico y que contribuyeron a estructurar su idea de *razón poética*.

Abstract

According to María Zambrano's work, the *island temporality* behaves in a distinctive way when contrasted to the pass of time in continents. The ideas that will serve as aid to define this concept can be traced back to the philosopher's reflections on the subject during her stay in Cuba and Puerto Rico, which contributed to structure her idea of *poetic reason*.

Palabras clave

Insularismo, temporalidad, razón poética, islas

Keywords

Insularism, Temporality, Poetic Reason, Islands

1. Véase Arcos, J. L., en la Introducción a Zambrano, M., *Islas*, Madrid, Verbum, 2007, pág. xiv.

Cuando Robinson Crusoe pisó territorio insular, la arena tibia calentó sus dedos y la brisa marina recorrió su cuerpo. Entonces, aquel hombre entornó sus ojos al cielo y supo que había llegado al *mejor de los mundos posibles*. Quizás así pudiese comenzar para nosotros la historia de los expatriados en las islas, o simplemente recordarnos la fascinación vivida por cada una de las personas que antes o después han sentido el calor de la arena insular, o bien remitirnos a alguien en concreto, a una mujer que expulsada del viejo continente encuentra en las islas caribeñas el asidero perfecto para producir y reproducir gran parte de su quehacer filosófico.

La visita y estadía de María Zambrano en las islas de Puerto Rico y Cuba fueron momentos decisivos para la conformación de ese proyecto ambicioso y omnicomprensivo que fue la *razón poética*:¹ idea destinada a aprehender el mundo desde una racionalidad no deformada por el proyecto cartesiano, sino capaz de incluir en su válida-

ción como real la perspectiva de todo aquello que queda fuera de los parámetros ya establecidos por el imperio de la razón. Uno de los aspectos más interesantes de este gran proyecto —y en general de todo ese gran proyecto que es la filosofía— es la idea del comportamiento del tiempo, ahora, bajo esta nueva mirada, el comportamiento del tiempo hacia lo que es real y lo que es verdadero. A su vez encontraremos que una de las ideas más interesantes dentro de esta problemática es la de cómo transcurre el tiempo para los insulares.

Desde los albores del siglo VI a. C. tenemos textos que muestran el interés de los pensadores antiguos por el problema de cómo una serie de hechos aislados podían concatenarse en el tiempo. Así nos encontramos con la tradición órfica, que, en textos tan antiguos como lo son el Papiro de Derveni y las Laminillas de Oro,² nos habla de una concatenación de hechos que traspasan las líneas espacio-temporales aprehendidas por el hombre. De esta manera, el tiempo era considerado un factor primordial en la organización del mundo y calificado como el iniciador del proceso de conformación del cosmos. Dentro de él habitaría el hombre y su alma, que, siendo inmortal, se reencarnaría incontables veces. Bajo la idea órfica de la transmigración de las almas,³ permanece toda la Antigüedad, pasando luego por las ideas escolásticas de un tiempo subordinado a la Divinidad, hasta llegar a las concepciones de los pensadores alemanes cuyos sistemas incluían, como temática imprescindible, el comportamiento de la temporalidad. Todo esto influirá de manera directa en gran parte de los filósofos del siglo XX, entre los que se encuentra María Zambrano, que nos habla de un tiempo contradictorio mas no por él mismo, sino por cómo se nos representa. Así nos comenta en el prólogo a la segunda edición de *El Hombre y lo Divino*:

Pues que el tiempo es, tan diversamente de lo que con tanta insistencia se ha dicho, lo que no nos abandona. Nos sostiene, nos envuelve. Y en tanto que sostiene, el tiempo alza y eleva al ser humano sobre la muerte, que siempre está ella antes que nada, ella y no la nada, ahí.⁴

Aquí la autora ofrece una idea de lo que es el tiempo, categoría tan esencial para la existencia como lo es la existencia en sí. Mas cada lugar, cada momento y cada persona sentirán esta categoría de manera diferente. Y así, en los años cuarenta, desembarcaría Zambrano en puerto insular sin hallar, como Crusoe, un lugar desierto, sino una brisa colmada de voces. María llegaba al otro lado del mundo para encontrarse con una manera totalmente distinta de apreciar la temporalidad.

Históricamente las islas han tenido cierto efecto —digamos espiritual— en todo aquel que las visita, en parte por su situación geográfica, por el hecho de estar rodeadas de mar; en el caso del Caribe, a esto se suma la problemática de la conformación de la identidad nacional.⁵ Pero en el caso específico de María Zambrano, un factor

2. El Papiro de Derveni y las Laminillas de Oro son documentos atribuidos a las sectas órficas. En el caso del Papiro de Derveni, el rollo se enmarca entre 340 y 320 a. C., fecha excepcionalmente alta para los papiros escritos en griego que nos han llegado.

3. No obstante, Homero nos dice que los primeros en plantear estas ideas fueron los egipcios. Véase Bernabé Pajares, A., *Hieros logo. Poesía órfica sobre los dioses, el alma y el más allá*, Madrid, Akal, 2003.

4. Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1995, pág. 28.

5. En este período encontramos que varios autores están reflexionando acerca de la problemática insular a partir de los momentos atravesados por las islas colonizadas. Ejemplos de ello son, en Cuba, José Lezama Lima y los origenistas, que intentan repensar la nación, pues, como diría Cintio Vitier en *Diez poetas cubanos* (1937-1940), según María Zambrano, «la isla dormida comienza a despertar como han despertado un día todas las tierras que han sido después historia», en Zambrano, M., *Islas*, op. cit., pág. 93.

6. J. L. Arcos nos dice que «cuando María Zambrano arriba por primera vez a Cuba, en 1936 camino de Santiago de Chile, no podía sospechar que esa isla iba a formar parte muy importante de su destino», en la Introducción a Zambrano, M., *Islas*, op. cit., pág. XIII.

7. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 2004, pág. 51.

8. En «Coloquio con Juan Ramón Jiménez», Lezama nos dice: «De igual manera, nosotros los cubanos nunca hemos hecho mucho caso de las tesis del hispanoamericanismo, y eso señala que no nos sentimos muy obligados con la problemática de una sensibilidad continental. La estabilidad y la reserva de una sensibilidad continental contrastan con la búsqueda superficial ofrecida por nuestra sensibilidad insular. El mexicano es fino y discreto, ama la palabra larga y con sordina; nosotros, excesivos y falsamente expresivos, ofrecemos nuestra tragedia en “comino de chiste criollo”, como ha dicho la Mistral», Lezama Lima, J., «Coloquio con Juan Ramón Jiménez», en *Analecta del reloj*, La Habana, ed. Letras cubanas, 2010, pág. 35. De igual manera, S. Feijóo comienza su libro *Mitología americana* con la siguiente afirmación: «La mitología americana —continental— es un poderoso aporte a la cultura mundial, como bien se sabe», Feijóo, M., *Mitología americana*, La Habana, Arte y Literatura, 1983, pág. 9. Resulta interesante destacar cómo, para este autor, existe cierta distinción entre mitología americana continental y la insular.

determinante a la hora de aproximarse a la realidad insular es el hecho de que su entrada estuvo marcada por otro condicionante: el exilio.⁶ Hasta ese momento, la autora no habría comprendido el significado de *la derrota*: la sensación de encontrarse en un mundo donde el hombre, condenado desde sus inicios, solidifica su fracaso ante circunstancias tan evidentes como lo son la razón, el mal, la envidia, la guerra, la muerte. Bajo estas circunstancias parte María de España a enfrentarse a una realidad opuesta a la vida continental, en busca de un lugar del cual sentirse parte. Esto se pone de manifiesto cuando nos dice:

Las Islas, lugar propio del exiliado que las hace sin saberlo allí donde no aparecen. Las hace o las revela dejándolas flotar en la ilimitación de las aguas posadas sobre ellas, sostenidas por el aliento que viene de lejos remotamente, aun del firmamento mismo, del parpadear de sus estrellas, movidas ellas por invisible brisa. Y la brisa traerá con ella algo del soplo de la creación.⁷

En Cuba y en Puerto Rico encuentra un lugar bien apartado de los avatares de la Guerra Civil española. De manera que, para María, las islas y lo que estas encierran representarán un modo de entender el tiempo diferente al continental debido a que 1) las relaciones entre países continentales no es igual que entre un país continental y una isla, lo cual provoca aislamiento por parte de la última; 2) ante un acontecimiento en un país continental, las islas no se sienten afectadas de la misma manera que otro país continental con respecto al mismo fenómeno, y 3) en el caso específico de las islas colonizadas, el tiempo ha tenido que pasar obligatoriamente mucho más rápido para poder llegar a ser un país civilizado, lo que provoca que tanto el hombre como la Naturaleza insular conserven múltiples rasgos de inocencia. Este último aspecto no supone una diferencia entre el continente americano y las islas, pero tanto 1) como 2) marcan la diferencia entre el territorio americano y el insular.⁸

Como bien señalamos, uno de los primeros elementos encontrados por la autora, y que la lleva a pensar en estas diferencias, es netamente geográfico. Vivir en una isla trae consigo cierto aislamiento que permite oscurecer todo tipo de vínculo con las naciones continentales y, a su vez, contribuye a enfrentar de manera diferente cualquier fenómeno ocurrido en estas. A pesar de que cada fenómeno histórico influye de una manera u otra en todos los seres humanos, tanto en el sujeto que lo construye como en aquel que no lo vive, para María Zambrano las islas representarán el asidero donde el hombre puede olvidar su relación con aquella otra parte de él que es afectada y que debido a su conexión con los demás transmite su afectación. Así se manifiesta en el siguiente fragmento:

Y de ahí, que la isla sea siempre evasión, lugar en donde queremos recluirnos cuando el espectáculo del mundo en torno amenaza con borrar toda imagen de nobleza humana; cuando nos sentimos próximos

a la asfixia por falta de belleza y sobra de podredumbre de todas las clases.⁹

Las palabras que aquí evocan a las islas: evasión, reclusión, nobleza, contrapuestas a asfixia, amenaza, falta de belleza (utilizadas para describir el resto del mundo), dan la impresión de que, para la pensadora española, las islas están completamente exentas de cualquier tipo de perturbación continental, de modo que solo los hechos naturales de la propia región podrán consternar y regir el paso del tiempo en territorios de esa índole. Las razones que en este caso pueden hacernos pensar de esta forma son, en primer lugar, el hecho ya mencionado de que una isla no puede abrirse al mundo de la misma manera que un país continental debido a que (y esto aunque causa de la primera funciona como segunda razón) está rodeada de un mar que divide, que provoca silencio al alejar las voces de su alrededor.¹⁰

En el caso particular de las islas caribeñas o de las islas colonizadas, los asuntos en torno a la temporalidad o, como diría José Lezama Lima, a la *sensibilidad insular*, se acrecientan debido a que estas últimas han tenido que dar grandes saltos temporales para poderse identificar con una sociedad de más de cinco siglos de civilización y que llega al territorio imponiendo sus cánones socioculturales. Por ello parece que el tiempo haya avanzado con rapidez. Una nación joven, recién fundada ha tenido que recorrer varios miles de años para en pocos centenares pasar a vivir como una sociedad bien estructurada. Pero esto mismo ha provocado que el hombre insular guarde en su interior residuos fuertes de aquel hombre que por el devenir natural de los años no ha podido avanzar de la misma manera que lo ha hecho la sociedad como *corpus* externo. El hombre insular continúa rezagado en el tiempo y con él su entorno, que se desarrolla bajo esta ambigüedad. Por este motivo, el isleño colonizado y caribeño vive aún más próximo a los inicios de la naturaleza, más próximo a ese mundo sagrado escondido en las catacumbas, se acerca más a ese estado virginal, esencial, o como diría Zambrano:

La isla nos parece ser el residuo de algo, el rastro de un mundo mejor, de una pérdida inocencia; la sede de algo incorruptible que ha quedado ahí para que algunos afortunados lo descubran. Algo así como un testimonio de que el hombre, la criatura humana, ha sido alguna vez más pura, es decir, más verdadera; de que siendo más sí mismo ha estado en viviente comunidad con la naturaleza. Y esto también, ¡la naturaleza en la isla siempre es más dulce, más amiga, más prodigiosa!¹¹

Esta visión impacta a la filósofa española que encuentra sumamente interesante que las islas sean más antiguas que los continentes,¹² que, pese a ello, sus sociedades —las sociedades modernas— hayan debido adecuarse al proceso de legitimación de aquellos más jóvenes (que pasan a ser los más viejos) y que a su vez, pese a todos estos saltos temporales, permanezcan intactas, casi célibes como en sus

9. Zambrano, M., *Islas*, op. cit., pág. 4.

10. Rogelio Blanco también diría: «Los *topoi* isleños permiten cierto aislamiento, una protección disuasoria, un entañamiento autárquico o autonómico discernibles que debieran ser temporales. Así pues, más que una utopía, o con escasa suerte una cacotopía, más bien es una eupsiquia o eutopía. Y en tal *locus amoenus homini* se facilita la alternatividad frente a lo vivido o al deslizamiento en un proyecto que se encuentra ensoñado, onírico», Blanco, R., «Islitas de esperanza. *Terra ignota et locus amoenus homini*», en *Vivarium*, xxxii, pág. 25.

11. Zambrano, M., *Islas*, op. cit., pág. 4.

12. *Ibidem*, pág. 118.

13. Lezama Lima, J., *Analecta del reloj*, op. cit., pág. 36.

14. Lezama Lima nos define el *insularismo* de la siguiente forma: «Insularismo ha de entenderse no tanto en su acepción geográfica, que desde luego no deja de interesarnos, sino, sobre todo, en cuanto al problema que plantea en la historia de la cultura y aun de la sensibilidad», Lezama Lima, J., *Analecta del reloj*, op. cit., pág. 33.

15. Algunos de ellos son: *Isla de Puerto Rico* (nostalgia y esperanza de un mundo mejor) (1940), *Apuntes sobre el tiempo y la poesía* (1942), *La Cuba Secreta* (1948), *Lydia Cabrera, poeta de la metamorfosis* (1949), *El estilo en Cuba: «La quinta de San José»* (1953), *Sentido de la derrota* (1953), *Wilfredo Lam* (1954), entre otros.

16. Zambrano, M., *Islas*, op. cit., pág. 182.

inicios. Así encontramos en reiteradas ocasiones la idea de que el tiempo es diferente, alejado, marcado por todas estas particularidades y que a su vez determina un momento en el transcurrir de la historia porque recoge en ella todos estos cambios, estas metamorfosis confluyentes en las islas.

Otro de los puntos imprescindibles a la hora de analizar el pensamiento de Zambrano a propósito de la temática insular es el problema del aislamiento. La única justificación dada por la autora al hecho de encontrar lejanas las contradicciones del viejo continente en estas zonas recae en el retiro y el letargo que las rodea. José Lezama Lima, quien apoya las ideas a favor de la existencia de una sensibilidad insular, afirma que el insular ha de vivir hacia adentro y que existen igualmente marcadas diferencias entre el continente americano y las ínsulas.¹³ La manera de entender la cultura y pensar la nación se ve totalmente determinada por la postura del hombre que vive hacia adentro y que encuentra en el mar las olas necesarias para amainar el impacto de los problemas continentales. De igual manera, para María este elemento, «el agua por todas partes» de Virgilio Piñeira, impide que el lastre de las guerras y la postguerra europea irrumpen en estos territorios. A pesar de que en el concepto de insularismo formulado por Lezama no se le otorga un lugar preponderante a la geografía insular,¹⁴ percibimos que en el caso de Zambrano fueron definitorias las islas caribeñas. Gran parte de los temas que abordan y describen la posición insular de la autora se encuentra en textos referentes tanto a la isla de Cuba como a la de Puerto Rico.¹⁵ El clima tropical, sumado a la problemática sociocultural, traza el camino que seguirá a la hora de argumentar la existencia de una temporalidad diferente a la continental: un tiempo ambiguo, que se bifurca entre la rapidez y la lentitud, «porque en la naturaleza tropical todo se mueve bajo una aparente quietud y solo la noche revela la oculta fiesta, la danza que parece ser la íntima vida de todas las criaturas. El mundo del trópico no es plástico, sino musical, órfico».¹⁶ La luz insular, luz estable, que solo se metamorfosea ante la llegada de la noche, es un factor que parece interesarle tanto a Zambrano como a Lezama. Para uno, la luz insular, y lo que significa esto, es la causante de que islas incluso no caribeñas, como Inglaterra, se queden rezagadas en el ámbito pictórico ante la supremacía de otras regiones. Para la otra, la luminosidad estable de las islas no revela a plenitud su intimidad. Por estas razones las islas se pierden en un tiempo muy particular, el que convierte en susurros los estruendos continentales que de una forma u otra terminan afectando a todos sus países. Debido a ello, María Zambrano encuentra en este *mundo* la nostalgia y la esperanza de un mundo mejor, como nos plantea en el siguiente fragmento:

Una isla es para la imaginación de siempre una promesa. Una promesa que se cumple y que es como un premio de una larga fatiga. Los continentes parecen haber desempeñado el papel de ser la tierra del trabajo, la morada habitual del hombre tras su condenación. Las islas,

en cambio, aparecen como aquello que responde al ensueño que ha mantenido en pie un esfuerzo duro y prolongado; como la compensación esperada, compensación verdaderamente más allá de la justicia, donde la gracia juega su papel. Las islas son el regalo hecho al mundo en días de paz para su gozo.¹⁷

El conjunto de todos estos argumentos hacen que para María estas pequeñas ínsulas sean un eslabón perdido de la gran cadena que entrelaza al mundo y que debido a la manera particular de entender la historia, la cultura, la vida y el tiempo en su totalidad, guarde estrecha relación con tres conceptos:

- Nostalgia, pues nos remonta a una etapa ya olvidada por el ser humano, a un lenguaje aún no corrompido en su totalidad por los avatares del pensamiento.
- Soledad, debido al aislamiento que provoca el habitar en una isla y que refleja la soledad humana.¹⁸
- Esperanza, porque debido a esta «otra realidad» que nos brindan las islas, en donde el ser humano aún conserva residuos de nobleza, este cree poder construir, o más bien reconstruir un mundo ya perdido, desarticulado. El hombre invadido por la nostalgia de una etapa pasada se siente esperanzado ante la posibilidad de «un mundo mejor».

A pesar de que la tesis de la sensibilidad insular fue defendida por muchos pensadores con argumentos muy fuertes —derivados en gran medida de experiencias personales—, hubo también otros que divergieron totalmente de los criterios establecidos por aquellos a favor. Tal es el caso de Juan Ramón Jiménez, que con sólidas evidencias rebate algunas de las ideas lezamianas, las cuales guardaban gran semejanza con el punto de vista de Zambrano. Su célebre frase «porque si Cuba es una isla, Inglaterra es una isla, Australia es una isla y el planeta en que habitamos es una isla», expresa en esencia su posición y es que no existe una sensibilidad insular determinada, sino sensibilidades determinadas en cada uno de los habitantes del mundo.¹⁹ Aun así María y Lezama continúan defendiendo sus posturas basadas sobre todo en la idea de que solo puede conocer las interioridades de una isla, lo esencial de su conformación, aquel que realmente la habita y la siente. En el caso del escritor cubano, el nacimiento lo posiciona frente a la sensibilidad continental y por lo que respecta a la filósofa malagueña, Cuba ha sido aquel lugar sentido como la patria misma, ha sido su patria pre-natal, o como diría en «La Cuba secreta»:

Como un secreto de un viejísimo, ancestral amor, me hirió Cuba con su presencia en fecha ya un poco alejada. Amor tan primitivo que aún más que amor convendría llamar «apego». Carnal apego, temperatura, peso, correspondiente a la más íntima resistencia, respuesta física y por

17. Zambrano, M., *Islas*, op. cit., pág. 3. También en *Pensamiento y poesía en la vida española*, edición de M. Gómez Blesa, 2004, pág. 113 nos dice: «Es preciso volver la vista atrás si se quiere seguir adelante», lo que una vez más reafirma nuestra idea, apoyada a su vez por Virginia Trueba en su ensayo introductorio a *La tumba de Antígona* cuando afirma: «La utopía no estará delante para Zambrano, sino detrás, no es tanto un futuro que se construye como un pasado que se rescata», Zambrano, M., *La tumba de Antígona*, Madrid, Cátedra, 2012, pág. 21.

18. Así nombraría uno de los epígrafes de *Isla de Puerto Rico (nostalgia y esperanza de un mundo mejor)*: «La soledad de la isla imagen de la humana». Véase *Islas*, op. cit., pág. 9.

19. Lezama Lima, J., *Analecta del reloj*, op. cit., págs. 33-34.

20. Zambrano, M., *Islas*, op. cit., págs. 92-93.

21. Aunque tomáramos en cuenta el rechazo de Zambrano a la concepción lineal de la historia y nos centráramos en la concepción que ella defiende, estos argumentos tendrían el mismo valor.

lo tanto sagrada, a una sed largo tiempo contenida. No la imagen, no la viviente abstracción de la palma y su contorno, ni el modo de estar en el espacio de las personas y las cosas, sino su sombra, su peso secreto, su cifra de realidad fue la que me hizo creer recordar que ya la había vivido [...] Y así, yo diría que encontré en Cuba mi patria pre-natal. El instante del nacimiento que nos sella para siempre, marca nuestro ser y su destino en el mundo. [...] Y así sentí a Cuba poéticamente, no como cualidad sino como sustancia misma. Cuba: sustancia poética visible ya. Cuba: mi secreto.²⁰

En la actualidad, las posturas en torno a la temática insular se han dividido sustancialmente, siendo la mayoría partidaria de la no existencia de una manera determinada de aprehender el mundo desde esta sensibilidad. Mas intentar criticar los argumentos dados por Zambrano o los pensadores de un período histórico diferente al nuestro, debe hacerse a partir de las circunstancias histórico-sociales que los encerraban. Los años treinta y cuarenta, período en el que nuestra autora y pensadores afines a sus ideas platican sobre la temática insular, pertenecen a un momento en el que los factores que condicionan al mundo actualmente no eran los mismos. El descubrimiento de las redes sociales, o fenómenos como la globalización y el constante movimiento e intercambio cultural de hoy en día, hacen que los argumentos de hace sesenta años cambien sustancialmente en la medida en que el hombre cambia su manera de entender y pensar la existencia.

No obstante, algunos planteamientos pueden ser retomados actualmente sin negar la importancia que juega el contexto histórico²¹ para este tipo de análisis. Primeramente, ¿en qué momento el hombre insular se siente insular? Un elemento fundamental en la obra zambraniana es el mar, pero en las mismas ínsulas hay regiones que nunca han tenido contacto alguno con él. Aquel que vive en una zona no costera y que nunca ha salido de su región, aquel que, debido al desarrollo tecnológico de la época en que nos centramos no tiene las vías necesarias para mantener una comunicación fructífera, ese hombre insular, ¿sabe que es insular? A su vez podríamos pensar en regiones tan apartadas culturalmente como las islas y que a su vez son parte geográficamente de un continente: pequeñas tribus de nativos o grupos de personas apartadas de la sociedad, ¿no podríamos pensar que ellos también espiritualmente están más próximos a ese ser humano noble, a ese lenguaje metafórico del que hablara Giambattista Vico? De igual manera, el elemento de la luz, abordado tanto por José Lezama Lima como por Zambrano y utilizado como argumento a la hora de plantear las ideas en torno a la sensibilidad y temporalidad insular como un elemento especial en las islas, puede ser interesante abordarlo en su totalidad. A lo que nos referimos es al hecho de que quizá sea cierto que los climas insulares no favorecen la demarcación de las estaciones y que debido a esto, como dijera Lezama, una isla como Inglaterra, madre de un sinnúmero de artistas y pensadores universales, haya quedado reza-

gada en el ámbito pictórico debido a que la luz y la poca demarcación de las estaciones hacen que el tiempo y la manera de reflejarlo sean completamente diferentes.²² Mas esto podría ocurrir en todos aquellos lugares donde las cuestiones climáticas tuvieran dichas características.

22. Lezama Lima, J., *Analecta del reloj*, op. cit., pág. 35.

A pesar de esto, las ideas de Zambrano en torno al insularismo y, en particular, a la temporalidad insular, no dejan de estar rodeadas de cierto encanto, característico de todo pensador místico y portador de ideas innovadoras que marcaron el quehacer intelectual de muchos pensadores, poetas, artistas y de todo aquel que se acercara a su obra. De igual manera, es imprescindible destacar que el sentirse insular se relaciona también con un estado espiritual que hace que esta teoría intente penetrar en lo más hondo del sentir y el pensar humano.

Los argumentos que defiende son de gran importancia y validez si los adecuamos al período en que la autora los desarrolla, y sobre todas las cosas —algo que de ser olvidado demostraría la no comprensión de su obra— estos argumentos se hacen aún más fuertes si tenemos en cuenta que lo más importante para ella es el hombre que establece una conexión profunda entre lo que siente y lo que piensa. En eso consistiría la *razón poética*: en posicionarse entre ambos caminos para establecer el equilibrio perdido tras tantos siglos de civilización. Acertados o no sus criterios, las islas fueron para ella el lugar en que la palabra exilio conllevaba una dosis de esperanza, donde la palabra destierro no había blanqueado aún sus cabellos. Y el tiempo transcurrido allí fue tiempo idílico, místico, con tal poder que consiguió amainar los recuerdos de los «malos tiempos» continentales.

Como quiera que sea, las islas continúan siendo lugares especiales, ínsulas misteriosas a los ojos de cada Robinson Crusoe, que vuelve la mirada al mar intentando descubrir, día tras día, al menos uno de sus misterios.

Bibliografía

- BERNABÉ PAJARES, Alberto, *Hieros logo, poesía órfica sobre los dioses, el alma y el más allá*, Madrid, Akal, 2003.
- FEIJÓO, M., *Mitología americana*, La Habana, Arte y Literatura, 1983.
- KANT, I., *Crítica de la razón pura*, La Habana, Ciencias Sociales, 1972.
- , *Crítica de la razón práctica*, La Habana, Ciencias Sociales, 1972.
- , *Crítica de juicio*, La Habana, Ciencias sociales, 1990.
- LEZAMA LIMA José, *El reino de la imagen*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 1990.
- , *Analecta del reloj*, La Habana, Letras cubanas, 2010.
- MORENO SANS, Jesús, *El Logos oscuro: Tragedia, mística y filosofía en María Zambrano*, Madrid, Verbum, 2008, vols. I, II, III, IV.
- PLATÓN, *Diálogos*, Colombia, Panamericana, 2002.
- RODES, E., *Psique*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948.
- SCHELLING, F. W. J., *Filosofía del arte*, Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 1959.

- SCHOPENHAUER, Arthur, *The world as will and representation*, Nueva York, Dover Publications, 1969, vol. I.
- VICO, G., *Ciencia Nueva*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.
- VITIER, CINTIO, 1949, «Jorge Mañach y nuestra poesía. I», *Diario de la Marina*, La Habana, 26 de octubre de 1949.
- , en *Diez poetas cubanos* (1937-1940).
- ZAMBRANO, M., *Filosofía y poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- , *Islas*, Madrid, Verbum, 2007.
- , *El Hombre y lo divino*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2007.
- , *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 2004, pág. 51.
- , *La tumba de Antígona*, Madrid, Cátedra Letras Hispánicas, 2010.